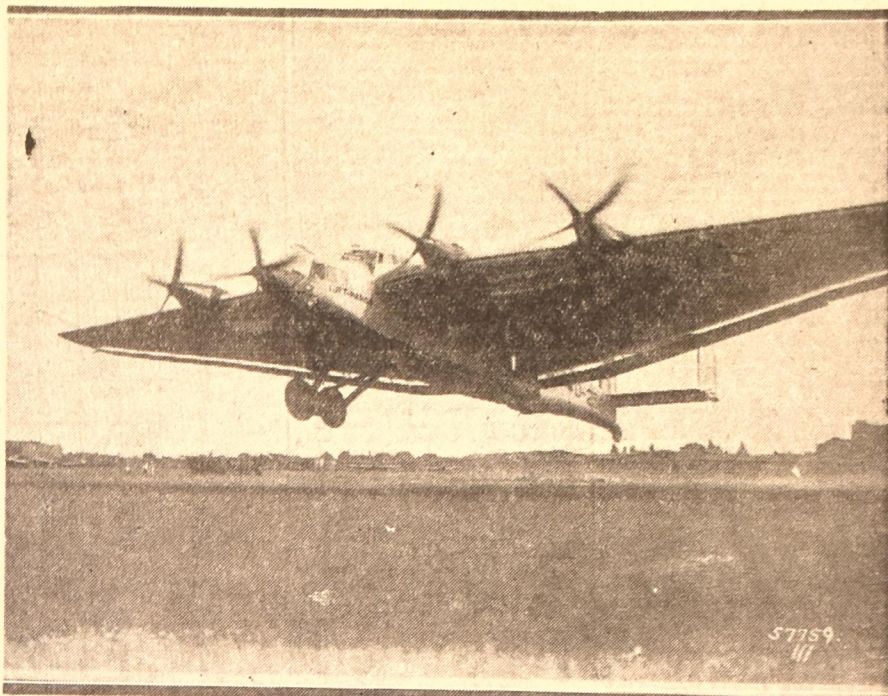


IMPRESIONES DE ADOLFO AGORIO SOBRE ALEMANIA DE HAMBURGO AL ZUGSPITZE



Vista general de la región de Zugspitze, el pico más alto de los Alpes alemanes. — Es en este lugar donde se realizaron el año próximo los juegos olímpicos de invierno

ción. A lo largo del Rhin, en el rosario de ciudades, de pueblos y de castillos que se extiende desde Maguncia hasta Düsseldorf, la irresistible fantasía de leyenda, asaltando al viajero, es inseparable de la lógica que ha construido un mundo real en el mismo imperio de los sueños. No otra cosa puede decirse cuando se penetra en el seno de la Thuringia, el verde corazón de Alemania, (Das grüne Herz Deutschlands), pero corazón empapado de historia de grandezas, de melancolía, de gracia espiritual. He ahí Erfurt, cuyas casas aparecen escalonadas entre campos de flores; y el severo castillo de Weimar; y el Wartburg de Eisenach, con su brocal vetusto, con las losas que fueron holladas por la sandalia de Lutero, en donde ahora picotean las palomas; y Jena, la impasible, la reflexiva, que parece congregarse en torno de la noble figura de Juan Federico, el fundador de la universidad, a quien los estudiantes llaman familiarmente Hanfried y cuya estatua, frente al Rathaus, parece custodiar los recuerdos. Lo moderno no altera el sabor pristino y erudito de Jena. De ahí que el Planetarium, con su majestad de templo antiguo, no rompa la arquitectura de la ciudad secular, sino que más bien continúa su espíritu en el presente.



Uno de los magníficos Junkers que la Luft Hansa puso gentilmente a disposición de los representantes de la prensa americana que visitaron Alemania

De un país como Alemania en el cual no existen analfabetos, y donde la cultura media se encuentra prodigiosamente desarrollada, podría decirse que la noción de la multifariedad nacional es un concepto orgánico. Desde la escuela el niño aprende a penetrar la realidad de los distintos grupos que forman la gran familia germánica. Y aún cuando, ya hombre, no salga de su pueblo natal para constatar el significado de un conocimiento adquirido, la gravitación del sentido racista llevará espontáneamente a las mismas certidumbres de la experiencia. Ciertamente que ya no puede limitarse el alemán contemporáneo a aquel sentimiento lugareño que dominaba en los comienzos del siglo pasado. Las necesidades del deber militar, los equipos de juventud, el servicio del trabajo, constituyen organizaciones que han contribuido a arrancar los prejuicios raciales, llevando de un extremo al otro del territorio a los individuos de todas las clases sociales unidas en un mismo anhelo de comunidad. Después de todo, el muchacho que toma por cualquiera de los caminos que le ofrece la nueva Alemania, ha heredado la imagen familiar de un país que, bajo la diversidad de la forma, alienta un deseo histórico homogéneo. Otra cosa es el proble-

de el punto de vista del color, el espectáculo no deja de poseer una incomparable grandeza. No hay duda que de no existir ese prodigio de la técnica alemana que es el invento del conde Zeppelin, además de los gigantes aeroplanos que aseguran las comunicaciones rápidas de Alemania con el resto del mundo, nos habría sido imposible recorrer en un corto periodo nuestros tres mil kilómetros dentro del territorio germánico. Desde luego que un viaje aéreo entre Montevideo y Friedrichshafen gana en intensidad lo que pierde en duración. Devorar catorce mil kilómetros, aproximadamente, en menos de cinco días, quiere decir que el dominio del aire constituye, más que un modo de contribuir a la obra del conocimiento recíproco, el mejor método de abarcar esa visión de conjunto que el doctor Lindemann proclama como una exigencia elemental para comprender la vida alemana. A pesar de todo, me resistiría a admitir sin objeciones ese estímulo a lo superficial facilidad que lucha por establecer categorías definitivas con experiencias fugaces. El estudio de un pueblo de aspectos psicológicos tan complejos como el alemán, no podría realizarse con resultados apreciables sin comparar la realidad inmediata que ofrecen

los senderos de la Selva Negra, en la misteriosa frescura de los torrentes que laten como arterias entre los matorrales. Y desde el campamento que vigila en silencio el curso imperioso de agua, hasta el intelectual que acecha a la idea en las vías inciertas y oscuras del pensamiento colectivo, hay una línea mental de simpatía, sin solución de continuidad, que une a estos dos alma homogéneos. El parentesco de estos modos sorprendentes de captar la onda inmortal de una cosa mortal que es la vida, descubre toda la sugestiva profundidad del alma alemana. El cuadro efectivo que coordina las afinidades va más allá de cualesquiera de los convencionalismos de la inven-

Desde la llamada baja Alemania hasta el Tirol, hay una identificación invisible, profunda, enlazante, entre la fisonomía moral y las formas geográficas. En donde existe hoy la torre de San Pedro, entre el Elba y el Alster, hace más de quinientos años atrás, y si ese sentido de los horizontes que hace de Hamburgo la ciudad más universalista de Alemania no es una consecuencia de aquella milenaria inquietud de conocimiento del mundo por la acción. Esa ansiedad fue el impulso primitivo de las tribus que, después de desflorar los misterios nórdicos, se arrojaron sobre el mediodía para acelerar el ritmo de las civilizaciones. ¿Por qué en su multiforme manera de expresarse, Alemania guar-

da a través de las centurias su unidad de sentido? Ya hemos dicho que si el nacional socialismo, en su fórmula de desinterés, no reclama nada para sí, sino todo para Alemania, es porque no ignora que el país debe sobrevivir a las sombras desleznables de los egoísmos individuales (2). Cada ciudad expresa a su manera esa adhesión a un principio de perpetuidad. En la grave Suabia, que fué el viejo reino de los Wurtemberg, la nota sobria de Stuttgart parece una invitación disimulada para adentrarse en el plano de la multifariedad alemana. Luego Heidelberg, la ciudad de la sabiduría, meditando sobre el espejo cambiante del Neckar. Después Frankfurt-Main, entre velos de bruma; Höchst, el centro de la química industrial; Wiesbaden, termal y cosmopolita. Más tarde las ciudades del Rhin: Bonn, con una hora de recogimiento en la casa natal de Beethoven; Bad Godesberg, Maguncia, Coblenza, Colonia, Düsseldorf... Aquí las aguas, surcadas de remolcadores jadeantes, ya no arrastran las milagrosas armonías de Loreley. Al lado, los altos hornos de Thyssen arrojan espesas columnas de humo negro, mientras que deslumbrantes

Lindau, Isny, Kempten, Füssen... Visiones de monasterios y de castillos, fantasmas de monjes y de soldados. La imagen de Jesús aparece en las encrucijadas. Virgenes entre el follaje, crucifijos en las rutas... Y aún más allá, junto a la frontera austriaca, en las rocas solitarias de los Alpes bávaros, diríase que el sudario de nieve prolonga en la montaña la imagen blanca de los altares. ¿Qué posee esta otra Alemania de tierno, de atormentado, con su mezcla de inocencia y de ascetismo, para ejercer una fascinación tan poderosa sobre el viajero? Hasta donde llegaron las legiones romanas, violando los desfiladeros impracticables, no hay restos de paganismo. Roma que fundó pueblos cuyas huellas desaparecen ahora, a ochocientos metros de altura, entre las construcciones modernas de Parthenkirchen y de Garmisch, alcanzó a tocar con su cetro estas latitudes a través de su segunda transfiguración. Es verdad que la fe de los católicos bávaros ha espiritualizado la montaña. Pero no hay tierra como ésta que se conserve tan asperamente alemana. Una llama de patria racial, que es el más fuerte de los nacionalismos, recorre los valles y

chorros de hierro líquido, iluminando con resplandores rojos el ladrillo sombrío de las construcciones, llaman con otra clase de poesía el misterio de la tierra renana. Más cerca todavía, la cuenca del Ruhr, el gigantesco puerto fluvial de Duisburg-Hamborn, con sus barcas ennegrecidas de polvo de carbón, vibrando en el ajetreo incansable de fierros rechinantes... En seguida el vuelo en avión por encima de Bremen-Bremerhaven hasta la costa de Hamburgo. Aquí también el himno monótono y creador de la técnica moderna. Otro salto en trimotor hasta Berlín. Una muestra del viejo espíritu, Potsdam, mantiene su impenetrable nobleza frente a las dudas del presente; el menos vago de los parentescos estéticos parece unir a Munich, donde también una firme tradición monárquica enriqueció a la capital del arte alemán con todas las bendiciones de la cultura. ¿Y qué decir de la vieja Franconia, donde Rothenburg, medieval, se abre al cielo de oro pálido como una flor mística? Si llegamos más al sur todavía, no ya en las riberas asoleadas del lago Constanza, donde las actividades del Zeppelin y la industria de los motores Maybach reptan la escala técnica del norte, sino en las tierras de pasión, como Oberammergau, el alma alemana florece con misticismos inesperados. Allí nos esperan Ettal,

(1) Véase en el último libro de Alfred Rosenberg: "An die Dunkelmänner unserer Zeit" las páginas que consagra al misticismo nacional socialista (Hohenheim Verlag München, 1935.)

(2) La fórmula exacta que Hitler es la siguiente: "No queremos obtener nada para nosotros, sino toda para Alemania, porque mientras nosotros somos perecederos, Alemania debe vivir" (Wir wollen nichts erringen für uns, sondern alles nur für Deutschland, denn wir sind vergänglich, aber Deutschland muss leben.)

DERECHOS EXCLUSIVOS

ma para el que pretende observar desde el exterior. En un discurso del doctor Lindemann, pronunciado en Hamburgo ante los representantes berlineses de la prensa extranjera, el eminente consejero de gobierno dijo, con ruda franqueza, una cantidad de cosas razonables sobre el modo de conocer a Alemania cuando se viene de afuera. Habitualmente el extranjero fija en Berlín su punto de observación, y mira desde la capital hacia el resto de Alemania. Una imagen falsa de la vida alemana es el resultado inevitable de esta cristalización en un sector único. "Nunca se ha podido decir que Berlín es Alemania" afirma juiciosamente el doctor Lindemann. Y luego agrega: "Dado lo peculiar y multiforme del pueblo alemán y del paisaje, es preciso, no obstante, que de vez en cuando cambie nuestro punto de observación, porque sólo el que haya visto la tierra alemana y sus habitantes en las montañas, en el Ruhr y en el Rhin, en la costa y en el corazón del país, llegará a conocer a Alemania".

la observación y el método con la historia de su pensamiento manifestando a través de toda una epopeya espiritual. Podríamos hallar la clave de muchos enigmas en el estudio de la lengua, de las tradiciones y de las costumbres, en la penetración de los representantes del genio íntimo de Alemania, desde la mística sutil del fraile dominicano Meister Eckhart, en el siglo XIII, hasta las violentas paradojas de Alfred Rosenberg (1). No se mira como a un paisaje el mundo de las formas morales. Hay torbellinos de fuerzas impalpables, contradictorias, ilógicas, que apenas se insinúan, pero que es necesario descubrir cuando se quiere observar con probidad. La visión directa, personal, puede confirmar o negar esa mezcla de fé y de realismo que constituye el alma alemana. Pero el espectador más despreocupado se hallará en condiciones de adivinar en el amor apacible del pueblo alemán por la naturaleza, en ese deseo de similitud entre el hombre y la fisonomía geográfica, la explicación de los sentimientos de raza, la nacionalidad, de sangre, de terruño, de "Blut und Boden", según la divisa con la cual el nacional socialista ha querido interpretar la milenaria voluntad de la tierra que manda al espíritu y del espíritu que defiende a la tierra. Porque esa discreta comunión entre el hombre y el paisaje no es un capricho de la literatura. Uno la descubre entre

Ciertamente que la vertiginosidad de torbellino a través de las distintas regiones, tampoco puede ser provechosa para aquel extranjero que visita por vez primera la tierra germánica. Sin embargo, des-



Al pie de los Alpes bávaros. — Buffes tiroleses



Recepción ofrecida por la Municipalidad de Hamburgo. — En el centro Adolfo Agorio entre los delegados de la prensa argentina. — De pie el burgomaestre senador Ahrens, el Dr. Grossmann, Sta. del Instituto Ibero-Americano, el doctor Stichel, director del Archivo de Economía mundial, el consul del Uruguay, Sr. Rivera y otros invitados

Tejedora de Sueños

Quien tuviera un hogar!
suspiro y en la noche me pongo a meditar
Calor, ternura, fé
¡Ay, nada de estas cosas por desgracia tendré!
El camino torcí.
Tiré por el atajo y al cabo le perdí.

¡Quien tuviera un hogar!
burguesa fracasada no lo quise fundar
en soñar me empuñé
y por soñar, la ruta segura equivoqué....

¿Quiénes tienen razón?
Los que a ley se acogen con ciega previsión,
o aquellos que al Azar
confiaron su existencia y echaron a soñar?

Yo todo lo olvidé
Prejuicios, leyes, trabas, ¡rebelde las hollé!
Quise vivir, amar,
y de unos fuertes brazos dejarme aprisionar...

Ahora triste no sé
Bajo qué extraño cielo mi tienda plantaré
y exclama mi razón:
¡Tejedora de sueños, sácate el corazón!

ROSARIO SANSORES

Avión remolcado por avión

Kulibchev, 1935.
En el aeródromo de Kulibshev, (antigua Samara) ha sido llevado brillantemente a cabo un ensayo de remolque de un avión por otro avión.
Avión "R-5" con aviador N. Borokov tomó remolque el avión liviano "U-2". El avión remolcado era pilotado por el maestro del planarismo soviético piloto N. Yudin.
Ambos aviones eran ligados entre sí por soga metálica de 8 milímetros de grueso y 100 metros de largo. El motor del avión remolcado no funcionaba, pues "U-2" considerábase como si fuese "averiado" y además se le sacó aún el hélice.
Los aviones subieron a trece veces. Primer vuelo fué efectuado hasta la altura de 500 metros. El avión remolcado de Yudin fué soltado y planeando aterrizó solo. El segundo vuelo llegó a la altura de 1.100 metros, el tercero, 700 metros.
De este modo los aviadores soviéticos resolvieron el problema de remolque de un avión por otro, lo que tiene gran importancia práctica para el remolque de un avión que se ha visto obligado a aterrizar a causa de una avería.
(Tass).

Ciencia y técnica

Leningrado, 1935
El trabajador científico del observatorio de Pulkovo D. Bronkin, observando durante las puestas y salidas del sol la absorción por la atmósfera de la irradiación solar, notó la presencia en ésta de vapores de agua pesada. Estos producen un espectro de absorción propio, distinto del espectro de absorción de agua ordinaria.
(Tass).

Prohibida la reproducción

sube, hasta los tres mil metros de altura, sobre el cráneo helado del Zugspitze. Cuando salimos de Schneefarnhaus, avanzando en la inmensa llanura de nieve, desde donde se divisa, muy abajo, las aguas resplandecientes del Eibsee y acuchilla el flanco de los Alpes la negra honrada del Valle del Inferno; mientras que del otro lado, en un abismo de mil ochocientos metros, brilla el pueblo austriaco de Ehrenwald y se desdibuja el camino de Salzburgo, la ebriedad del color es tan intensa como la oleada de pensamientos que se atropellan para dominar el misterio. Y en la tarde sin nubes, en el caso que pone reflejos de sangre sobre la nieve, chispas errantes parecen calentar la glacial soledad de la montaña, prolongando su agonía magnífica, defendiéndola contra el infinito desamparo de la noche.

En la región de las nieves perpetuas. — Adolfo Agorio, acompañado por el ingeniero Schubert, asesor del Ministro de Propaganda Dr. Goebbels, en marcha sobre el ventisquero alpino hacia la cumbre del Zugspitze

